

MI NOMBRE ES LEGIÓN

ROGER ZELAZNY



Mi Nombre es Legión es uno de los libros de ciencia ficción más imaginativos y originales jamás escritos. En él se narran tres aventuras, de lectura independiente, que sin embargo crean un solo mundo narrativo (por la tercera de ellas, «El regreso del Verdugo», Zelazny obtuvo los premios Hugo y Nebula de 1975). Se trata de tres aventuras protagonizadas por un misterioso personaje que ha destruido todo rastro de su identidad e incluso de su existencia, y al que una importante agencia de detectives encomienda las misiones más arriesgadas...

Aunque en ella es ya perceptible la influencia de las novelas de fantasía, *Mi Nombre es Legión*, publicada también en castellano como *El Hombre que no Existía*, es sin duda la mejor muestra de las obras de ciencia ficción de Zelazny, y la más intensa y emocionante de sus novelas.

PRIMERA PARTE

LA VÍSPERA DE RUMOKO

Me encontraba en el cuarto de control cuando la unidad J-9 nos jugó una mala pasada. Entre otras cosas, estaba allí para realizar un aburrido trabajo de mantenimiento.

Abajo, en la cápsula, dos hombres inspeccionaban el Camino al Infierno, ese eje atornillado al fondo del océano, a miles de brazas de profundidad, que pronto estaría abierto al paso. Normalmente no me habría preocupado, puesto que había dos técnicos entre el personal del J-9. Pero uno de ellos estaba de vacaciones en Spitzbergen y el otro había dado parte de enfermo esa misma mañana. Una inesperada combinación de viento y aguas turbulentas sacudió al *Aquina*; recordé entonces que era la víspera de RUMOKO y tomé una decisión. Crucé rápidamente la habitación y retiré un panel lateral.

—¡Schwiter! No está autorizado a entrometerse en eso —dijo el doctor Asquith.

Inspeccioné los circuitos.

—¿Quiere encargarse usted de este trabajo? —le pregunté.

—Por supuesto que no; ni siquiera sabría por dónde empezar. Pero...

—Entonces ¿vamos a dejar morir a Martin y a Demmy?

—No, por favor. Pero usted no...

—Entonces dígame quién... —dije—. Esa cápsula se controla desde aquí arriba y algo acaba de saltar. Si conoce alguien más apto para hacer el trabajo, mándelo buscar; de lo contrario, trataré de reparar el J-9.

Finalmente guardó silencio y yo pude buscar la avería. El sabotaje estaba hecho de un modo bastante burdo. Habían llegado incluso a realizar soldaduras. Tras alterar cuatro circuitos, habían vuelto a meter toda la maraña en uno de los cronómetros.

Comencé a desarmar el artefacto. Asquith era especialista en oceanografía y, por lo tanto, sabía muy poco de circuitos electrónicos. Ni siquiera debía sospechar que yo estaba desbaratando un acto de sabotaje. Tras diez minutos de trabajo, la cápsula flotante empezó a funcionar nuevamente, a cientos de brazas de profundidad.

Mientras trabajaba, reflexioné en los poderes que pronto serían invocados, las fuerzas que atravesarían por un breve lapso el Camino al Infierno para verse libres al fin, allí, en medio del Atlántico, como enviadas por el demonio, o quizá como el demonio mismo. El mal tiempo, característico de aquellas latitudes en esa época del año, no contribuía a mejorar mi disposición. Se utilizaría una fuerza mortífera, la energía atómica, para liberar otra fuerza todavía más poderosa, el magma activo, que aún dormía burbujeante a grandes profundidades bajo el fondo del mar. Me parecía imposible que alguien se arriesgara a un juego tan peligroso. La nave volvió a sacudirse bajo el impulso de las olas.

—Está bien —dije—. Había un cortocircuito, pero ya lo arreglé. Es posible que no tengamos más problemas.

Y volví a colocar el partel.

Miró el monitor.

—Parece que ahora funciona bien —dijo—. Voy a verificarlo...

Y, mientras deslizaba la palanca, contactó con los de arriba:

—*Aquina* a Cápsula. ¿Me escuchan?

Después de una pausa, contestó:

—Cortocircuito en J-9. Ya fue reparado. ¿Cuál es la situación?

—Todos los sistemas han vuelto a la normalidad. ¿Cuáles son las instrucciones?

—Continúen con su misión —dijo.

Volviéndose hacia mí, agregó:

—Le recomendaré para un ascenso. Lamento haberle hablado así. No sabía que era capaz de reparar el J-9.

—Soy ingeniero electricista —repuse— y he estudiado estas cosas. Sé que es un trabajo especial. Si no hubiera sabido con seguridad dónde estaba la avería, no lo habría tocado.

—¿Eso significa que no desea mi recomendación?

—Así es.

—Entonces no lo haré.

Era lo mejor que podía hacer, dadas las circunstancias. Había desconectado también una pequeña bomba, que en ese momento ocupaba el bolsillo izquierdo de mi chaqueta; muy pronto la arrojaría al mar. Habría estallado en cosa de cinco minutos, borrándonos del mapa.

Pedí permiso para retirarme y me deshice de las pruebas, mientras pensaba en los acontecimientos del día. Alguien había tratado de sabotear el proyecto. Por lo tanto, Don Walsh tenía razón.

La presunta amenaza había sido verdadera. Traté de entender eso, de digerirlo. Algo muy serio estaba en juego. Me pregunté, en primer lugar, qué era, y qué vendría después. Encendí un cigarrillo y me apoyé en la baranda del *Aquina* para contemplar las embestidas del frío Mar del Norte contra el casco. Me temblaron las manos. Era un proyecto decente, humanitario, pero también muy peligroso. Dejando a un lado los grandes riesgos, no se me ocurría qué intereses podía haber en contra. Sin embargo, era obvio que los había.

¿Presentaría Asquith un informe sobre mí? Probablemente sí, aunque sin comprender lo que hacía. También tendría que explicar la interrupción en el funcionamiento de la cápsula para que su informe coincidiera con el cuaderno

de bitácora. Probablemente diría que yo había reparado un cortocircuito. Nada más.

Eso bastaba.

Había llegado a la conclusión de que el enemigo tenía acceso al cuaderno de bitácora. Se enterarían de que no había informe alguno sobre la bomba desconectada. Sabrían también quién los había detenido y, en un momento crítico como éste, se interesarían lo bastante como para actuar drásticamente. Bien. Eso era, precisamente, lo que yo quería.

Ya llevaba un mes entero esperando una oportunidad así. Era de esperar que me siguieran la pista y trataran de interrogarme. Inhalé profundamente el humo del cigarrillo, contemplando un témpano distante que brillaba a la luz del Sol. Tuve el presentimiento de que aquél sería un caso extraño. El cielo gris y el océano oscuro parecían anunciarlo. Alguien, en alguna parte, no aprobaba lo que se estaba haciendo; sin embargo, por más esfuerzo que hiciera, no podía imaginarme la razón.

En fin, al diablo con todo. Me gustan los días nublados. Nací en una jornada gris. Me dispuse a disfrutar de aquélla.

Volví a mi cabina y me preparé un trago; oficialmente, estaba fuera de servicio.

Un rato después, alguien llamó a mi puerta.

—Gire el picaporte y empuje —dije.

Se abrió y entró un joven llamado Rawlings.

—Señor Schweitzer —dijo—, Carol Deith quiere hablarle.

—Dígale que ya voy —contesté.

—Está bien —dijo, y se marchó.

Me pasé el peine por el pelo casi rubio y me cambié la camisa. Ella era joven y bonita. No obstante, era el oficial de seguridad de la nave y no me costó imaginar lo que le interesaba realmente.

Me dirigí a su oficina y llamé dos veces a la puerta.

Al entrar, iba considerando la posibilidad de que me hubiera citado a raíz de mis andanzas con el J-9 y lo que había hecho media hora antes. Esto sería buena señal de que ella estaba al tanto de todo.

—¡Hola! —le dije—. ¿Me hizo llamar?

—¿Schweitzer? Sí, así es. Tome asiento, por favor —dijo señalando con un ademán a ambos lados de su elegante escritorio.

Así lo hice.

—¿Qué desea?

—Esta tarde, usted hizo reparaciones en el J-9.

Me encogí de hombros.

—¿Es una afirmación o una pregunta?

—Usted no está autorizado a poner las manos allí.

—Si lo desea, puedo desbaratarlo todo y dejarlo como estaba.

—Entonces, ¿reconoce haber trabajado en eso?

—Sí.

Dando un suspiro, continuó:

—Mire, a mí no me importa. Probablemente hoy salvó dos vidas, de manera que no lo voy a amonestar por una violación de seguridad. Pero quiero saber otra cosa.

—¿Qué?

—¿Era sabotaje?

La pregunta confirmó mis presentimientos.

—No —dije—. Nada de eso. Hubo un cortocircuito...

—¡Pamplinas! —exclamó.

—Lo siento, pero no entiendo...

—Entiende muy bien. Alguien manipuló ese artefacto. Usted lo arregló, pero se trataba de algo más grave que un cortocircuito. Era una bomba. Hace media hora registramos una explosión fuera del puerto.

—Es usted quien lo dice, no yo —contesté.

—¿Qué intenciones tiene? —preguntó—. Nos allana el camino, pero está protegiendo a alguien. ¿Qué es lo que quiere?

—Nada —dije.

La miré bien. Tenía el cabello corto y rojizo, pecas sobre la nariz y ojos verdes, bien separados bajo el flequillo. Era bastante alta; cerca de un metro setenta, según mis cálculos. En ese momento no estaba de pie, pero una vez había bailado conmigo en una fiesta de a bordo.

—¿Bien? —preguntó.

—Muy bien —dije—. ¿Y usted?

—Quiero que me lo diga.

—¿Qué?

—¿Fue sabotaje?

—No —repuse—. ¿De dónde sacó esa idea?

—Ya hubo otros intentos, ¿sabe?

—No, no lo sabía.

Se ruborizó súbitamente y sus pecas se iluminaron. ¿A qué se debía eso?

—Bueno, hubo otros intentos. Por supuesto, los descubrimos a tiempo. Pero los hubo.

—¿Y quién fue?

—No lo sabemos.

—¿Y cómo es eso?

—Nunca pudimos atrapar a los culpables.

—¿Y por qué?

—Son muy listos.

Encendí un cigarrillo.

—Bueno —dije—, esta vez se equivoca. Hubo un cortocircuito. Soy ingeniero electricista y logré detectarlo. Eso es todo.

Sacó un cigarrillo y se lo encendió.

—Está bien —dijo—. Creo que eso es todo lo que va a decirme.

Me puse de pie.

—A propósito... —dijo—. Volví a revisar sus antecedentes.

—¿Sí?

—Nada. Tan limpio como la nieve y como las plumas de un cisne.

—Me alegro de saberlo.

—No se apresure, señor Schweitzer. Aún no he terminado con usted.

—Haga lo que le parezca —dije—. No encontrará nada. Y bien seguro estaba de eso.

Me marché preguntándome cuándo me darían alcance.

Todos los años envió una tarjeta de Navidad, sin firmar. Todo su contenido, escrito en letras de imprenta, es una lista de cuatro bares y las ciudades donde se encuentran. El Domingo de Pascua, el Primero de mayo, el primer día del verano y el Día de Todos los Santos, voy a uno de esos bares, según corresponda, y allí me quedo desde las nueve de la mañana hasta medianoche, hora local. Después me marcho. Cada año, la lista cambia.

Siempre pago al contado, en vez de emplear la tarjeta de Crédito Universal que todo el mundo utiliza en esta época. Por lo general, los bares son tugurios ubicados en lugares apartados.

Algunas veces aparece Don Walsh, se sienta cerca de mí y pide una cerveza. Entablamos conversación y después salimos a caminar un poco. En cualquier caso, nunca deja de venir dos fechas seguidas. Y la segunda vez siempre me trae dinero.

Hace un par de meses, un día en que el verano parecía estallar sobre el mundo, me senté a una mesa apartada, en el Infierno, en San Miguel de Allende, México. Era una noche fresca, como todas en ese lugar. El cielo estaba despejado, según había podido comprobar mientras caminaba por las calles empedradas hacia el monumento nacional. De pronto vi entrar a Don, que llevaba un traje oscuro de lana sintética y una camisa amarilla, de estilo deportivo, con el cuello abierto. Se dirigió al bar, pidió algo y se volvió, paseando la mirada por las mesas. Sonriendo, me saludó con la mano; respondí con un movimiento de cabeza. Se

acercó trayendo un vaso en una mano y una cerveza en la otra.

—Lo conozco —dijo.

—Sí. Creo que sí. Tome asiento.

Sacó una silla y se sentó frente a mí al otro lado de la mesa. El cenicero estaba repleto, pero no por mi causa. Había olor a tequila en la brisa, es decir, en la corriente que venía de la puerta abierta a la entrada del bar. A nuestro alrededor, en las paredes, dos desnudos rivalizaban con unos grandes anuncios de corridas de toros.

—Usted se llama...

—Frank —dije, sacándome el nombre de la manga—. ¿Fue en Nueva Orleans?

—Sí, un martes de carnaval; hace un par de años.

—Eso es. Y usted se llama...

—George.

—¡Ah, sí! Ahora recuerdo. Tomamos unas copas. Después jugamos al póquer toda la noche. Y lo pasamos muy bien.

—Y usted me desplumó unos doscientos dólares.

Sonreí.

—¡Ah!, ¿y qué trae entre manos ahora? —le pregunté.

—Lo de siempre. A veces se vende mucho; otras veces, poco. En este momento, tengo en marcha una operación muy grande.

—Lo felicito. Me alegra saberlo. Espero que salga bien.

—También yo.

Y continuamos la conversación intrascendente, mientras él se terminaba la cerveza.

—¿Ha tenido ocasión de recorrer la ciudad? —le pregunté.

—La verdad es que no. Me dijeron que es un lugar interesante.

—¡Oh, creo que le gustará! Una vez estuve aquí, durante su fiesta mayor. Todo el mundo toma bencedrina para permanecer despierto los tres días que duran los festejos.

Los *indios* bajan de las Sierras para bailar. Aquí todavía tienen la costumbre de los paseos, ¿sabe? Y aquí está la única catedral gótica de todo México. Fue diseñada por un indio analfabeto que la copió de unas tarjetas postales de Europa. Nadie creía que se pudiera mantener en pie cuando quitaran los andamios, pero todavía está allí, y de eso ya hace mucho tiempo.

—Desearía poder quedarme un poco más, pero sólo dispongo de alrededor de un día más y pensaba comprar algunos regalos para mi familia.

—Éste es el lugar más indicado. Aquí las cosas son baratas, sobre todo las joyas.

—Quisiera disponer de más tiempo para ver los lugares de interés turístico.

—En cierta colonia, hacia el noroeste, hay unas ruinas tolteca. Tal vez usted haya reparado en ella, pues hay tres cruces en la cima. El gobierno no reconoce su existencia. Desde allí hay una vista magnífica.

—Me gustaría visitarla. ¿Cómo se llega hasta allí?

—No hay más que salir de paseo hacia allí y subir a la cima. El sitio oficialmente no existe y, por lo tanto, no hay restricciones.

—¿Hay que caminar mucho tiempo?

—Desde aquí, menos de una hora. Cuando termine su cerveza, podemos hacer el paseo.

Así lo hizo, y nos fuimos.

A poco de andar, su respiración se tornó fatigosa. Pero eso tenía una explicación: él vivía casi al nivel del mar y allí estábamos a unos dos mil metros de altura.

Aun así, llegamos hasta la cima y seguimos la marcha entre cactus. Nos sentamos sobre unas grandes piedras.

—Así que este lugar no existe —me dijo—, igual que tú.

—Así es.

—Entonces, claro está, no hay micrófonos, como ocurre últimamente en casi todos los bares.

—No, todavía es un pequeño desierto.

—Espero que no cambie.

—También yo.

—Gracias por la tarjeta de Navidad. ¿Andas en busca de trabajo?

—Ya sabes que sí.

—Bueno. Puedo ofrecerte algo.

Y así comenzó todo esto.

—¿Has oído hablar de las Islas de Sotavento y Barlovento? —me preguntó—. ¿O de Surtsey?

—No. Explícame.

—Esas islas están allá en las Indias Occidentales, en el sistema de las Antillas Menores, comenzando en un arco que se dirige al sudeste desde Puerto Rico y las Islas Vírgenes hacia América del Sur, al norte de Guadalupe; constituyen los puntos más altos de una cadena subterránea, escalonada entre cuarenta y doscientas millas de ancho. Están situadas en medio del océano y constituidas por materiales volcánicos. Cada pico es un volcán, apagado o en actividad.

—¿Y?

—El origen de las islas hawaianas es el mismo. En cambio, Surtsey es un fenómeno del siglo XX. Se trata de una isla volcánica, que se elevó en muy poco tiempo, un poco hacia el oeste de las Islas Vestmanna, cerca de Islandia. Eso fue en 1963. Con la isla de Capelinhos, entre las Azores, ocurrió lo mismo; tuvo su origen en el fondo del mar.

—¿Y?

Pero mientras él hablaba, yo había adivinado ya de qué se trataba. Estaba enterado del proyecto *RUMOKO*, que correspondía al nombre del dios de los volcanes y los terremotos. Allá por el siglo XX, hubo un proyecto *Mohole*, fracasado después, con el que ciertas compañías intentaron aprovechar los gases naturales efectuando perforaciones profundas mediante explosivos atómicos «modelados».

—*RUMOKO* —dijo—. ¿Has oído algo sobre eso?

—Algo, sí. En la sección de ciencia ficción del *Times*.

—Con esto bastará. Nosotros formamos parte de él.

—¿De qué modo?

—Alguien está tratando de sabotear el asunto. He sido contratado para averiguar quién, cómo y por qué, y para impedirlo. He tratado de hacerlo, pero hasta la fecha ha sido un absoluto fracaso. Más aún, perdí dos de mis mejores hombres en circunstancias extrañas. Por entonces llegó tu tarjeta de Navidad.

Me volví hacia él; sus ojos verdes relucían en la oscuridad. Era unos diez centímetros más bajo que yo, y tal vez pesara unos quince kilos menos, sin dejar de ser bastante corpulento. La postura casi militar que había adoptado en esos momentos no parecía corresponder al mismo hombre que trepara jadeando hasta ese punto.

—¿Quieres que me haga cargo de esto?

—Sí.

—¿Cuánto ofreces?

—Cincuenta mil. Podemos llegar a ciento cincuenta..., según el resultado.

Encendí un cigarrillo.

—¿Qué debo hacer? —pregunté al fin.

—Tienes que introducirte entre la tripulación del *Aquina*, preferentemente como técnico en algo. ¿Podrás?

—Sí.

—Bueno, hazlo. Después, averigua quién está tratando de hundir la operación y pásame el informe. De lo contrario, quítalos de en medio como mejor te parezca. Y pásame el informe.

—Parece un trabajo importante —comenté, con una risita—. ¿Quién es tu cliente?

—Un senador estadounidense —dijo— que deberá permanecer anónimo.

—Con ese dato podría adivinarlo —observé—; pero lo dejaremos así.

—¿Aceptas?

—Si. Ese dinero me vendrá bien.

—Te advierto que es peligroso.

—Todos estos trabajos lo son.

Contemplamos las cruces. A manera de ofrendas religiosas, habían atado a ellas paquetes de cigarrillos y distintas mercancías.

—Bueno —dijo—. ¿Cuándo comenzarás?

—Antes de fin de mes.

—Está bien. ¿Y cuándo presentarás el informe?

—Cuando tenga algo que decir —respondí encogiéndome de hombros.

—Esta vez eso no basta. No podemos demorarnos sino hasta el 15 de septiembre.

—Si no se presentan inconvenientes...

—Cincuenta mil.

—¿Y si se complica y tengo que deshacerme de uno o dos cadáveres?

—Lo que dije antes.

—Está bien. De acuerdo. Antes del 15 de septiembre.

—¿Sin informes?

—Sin informes, a menos que necesite ayuda. O que tenga algo importante para decirte.

—Esta vez es muy posible.

Le tendí la mano.

—Trato hecho, Don.

Inclinó con solemnidad la cabeza, como si saludara a las cruces.

—Aplicate —dijo—. Quiero que salga bien. Los hombres que perdí eran muy capaces.

—Haré lo que pueda. Me emplearé a fondo.

—No entiendo cómo lo consigues. Quisiera saber cómo lo haces para...

—Mejor así. Para mí sería fatal que supieras cómo me las arreglo para...

Comenzamos a descender de la sierra y lo acompañé hasta el lugar donde él pasaría la noche.